

El rescatista

Atardecer. Susurro de mar. Un hombre de treinta y dos años, uniformado con el traje de gala de la Agencia Estatal para el Manejo de Emergencias, trae una urna con cenizas. La coloca en una base de madera.

Daniel:

Papi y yo siempre tuvimos una gran conexión. A veces sentía que podíamos leernos los pensamientos. Siempre era enfático que en todo lo relacionado a un rescate había que seguir el protocolo. Y que jamás puedes dejar que la emoción, la frustración, el coraje, el miedo o la adrenalina te nuble el pensamiento. Tienes que estar tranquilo, tranquilo, mostrarte tranquilo, tener la sangre fría. De eso depende la vida del que vas a rescatar, de eso depende tu vida. Por eso era tan metódico. Por eso era tan bueno en lo que hacía. Por eso salvó tantas vidas.

Cuando era chiquito, recuerdo un día que estaba lloviendo un montón. Y ustedes saben que la lluvia es la verdadera diversión del pobre. Estaba jugando con un muñeco que me gustaba mucho. No era la gran cosa, pero para mí lo era. De pronto lo tiré en un charco y la corriente se lo llevó cuneta abajo. Mami no me dejaba salir del portón, así que pude ver horrorizado cómo las aguas se lo llevaban. Papi, que me estaba mirando por la ventana, se percató de todo. Salió con una sombrilla, se me acercó y me dijo: “vamos a buscar a tu muñeco, vamos a rescatarlo. Pero te advierto que si ya llegó a la alcantarilla, lo perdiste, no se puede hacer más nada”. Eso me animó mucho y salimos. Seguimos al agua, nos deteníamos donde estaban las gomas de los carros estacionados para cerciorarnos de que no hubiese quedado pinchado. También verificamos escombros y nada. Seguimos cuenta abajo, bien abajo y no lo encontramos. Cuando llegamos a la alcantarilla, que quedaba bastante lejos, supe que había perdido a mi muñeco para siempre. Es una sensación bien mala, saber que se pudo haber salvado, que a lo mejor no se hizo lo suficiente. Es una frustración y un sentido de impotencia que se te mete por los huesos. Estaba a punto de llorar cuando papi me puso su mano en la parte de atrás de mi cuello, me encantaba que hiciera eso porque el sentir su mano grande y pesada ahí me daba mucha tranquilidad, me daba mucha seguridad. Entonces me dijo: “No tienes que estar triste. Fuimos meticulosos e hicimos todo lo posible por rescatar a tu muñeco. Pero la corriente era muy fuerte. Todo quedó fuera de nuestro control”. Eso de verdad que me calmó. Saber que lo habíamos intentado, que estábamos a la altura de la situación. Que papi me acompañara fue medular para mi conciencia y formación como rescatista, para ser el rescatista que soy hoy día. Me agarró de la mano y juntos regresamos a la casa. Ya no estaba triste. Más tarde salió y cuando regresó, me trajo al muñeco.



Nadar en la playa no es como nadar en una piscina. Las corrientes son

como ríos dentro del agua que te empujan mar afuera. No se puede tratar de regresar por el mismo lado donde se entró al mar. Hay que nadar paralelo a la costa, o en diagonal para salir de la corriente que te está halando a mar adentro. Si alguien está pidiendo ayuda, y no cuentas con el equipo apropiado de salvamento, se le puede lanzar una neverita para ser utilizada como salvavidas. Porque la persona que se está ahogando entra en pánico y puede agarrar de tal manera al rescatista que le impida moverse, por tanto, peligran las dos vidas. En las playas hay un sinnúmero de peligros potenciales. Desde la orilla se ve de una forma, y hay días que está plana como un plato. Pero caminas tres pasos y puedes caer en un fondo de cinco, de ocho o de diez pies. Cuando la gente pierde el balance es donde caen en las corrientes o en los fuertes movimientos de olas. De esto y otras medidas de seguridad estaba hablando papi en ese fin de semana en una comunidad aledaña.

Así que ese lunes a papi le dio con que desayunáramos juntos. Era bien raro que coincidiéramos ya que todos teníamos distintos horarios. Y más todavía en verano. A mis hermanitos, si los dejaban, se levantaban a las tres de la tarde. Pero aún así, él insistió. Y cuando era para asuntos de familia, no se le podía decir que no. Así que allí estamos todos: papi, mami, mis cuatro hermanos menores y yo desayunando juntos en la misma mesa. Quién diría que sería la última vez que estaríamos todos juntos en la misma mesa. Papi me comentó que no iría a trabajar, que se iba a hacer unas diligencias y en la tarde daría una vuelta por la playa.

Pedro Rodiz

.....
El rescatista

Él era rescatista de la Agencia Estatal para el Manejo de Emergencias de Fajardo desde hacía más de 30 años. Estaba bien cerca de retirarse pero decía que mientras tuviera salud seguiría haciendo lo que vino a hacer en este mundo: salvar vidas. Por eso me estuvo raro que me dijera que no iba a trabajar, porque él nunca faltaba, tenía que estar de cama para no asistir. Entonces, se fue a la Playa Azul en Luquillo. Y mis hermanitos menores, Jesús y Jafet, se antojaron de irse con él. Donde quiera que iba papi, ellos también lo seguían. Querían ser como él.

Las condiciones del tiempo cambiaron rápidamente, pero eso no es raro en el Caribe. Así que no le preocupó mucho que sus dos hijos, mis hermanos menores, estuvieran en el agua porque ellos sabían nadar. Si ellos son parte del cuerpo de voluntarios de la agencia. Toda la vida hemos estado en contacto con el agua. Así que cuando los vio en apuros, sabía que algo terrible pasaría. Y lo sé, porque brincó el protocolo. Y él jamás brincaba el protocolo. Porque cuando se trata de la vida de los hijos, no hay protocolo que valga. Se tiró al agua gritando: “Dios mío, ayúdame, ayúdame...” Y me lo imagino pensando a quién rescatar primero. Optó por salvar primero a Jesús, el más chiquito, el de 14 años, porque era el que más cerca estaba. Cuando el mar está bravo es bien difícil nadar, hay que hacer esfuerzo mayor de lo normal. Estoy seguro que ya estaba cansadísimo por el esfuerzo, y que él sabía que no tendría las fuerzas para salvar al otro. Pero, ¿qué iba a ser? ¿Quedarse mirando mientras se te ahoga un hijo? No lo pensó y se volvió a lanzar al agua para tratar de rescatar a Jafet. Estoy convencido de que luchó hasta lo último, porque el viejo nunca se

rendía, siempre trataba todo. Siguió. Miraría a lo lejos y no lo vio. Y nadó, nadó y nadó hasta que ya no pudo más. Se ahogó. Un ciudadano sacó su cuerpo. Cuando yo llegué me encontré con su cuerpo inerte en la arena. Pero el cuerpo de mi hermanito todavía estaba perdido. Coño, tenía 16 años. Acababa de graduarse de noveno grado hacía unos días.

Queda de espaldas. Pasa su mano por la nuca, así como lo hacía su padre cuando él era niño. Se recompone.

Se hizo un claro en el cielo, y la luz de la luna iluminó a Jesús, el que se salvó, que caminaba de lado a lado esperanzado que Jafet también lo lograría. Noté que murmuraba algo. Pensé que estaba orando. Cuando me acerqué entendí lo que decía: era un poema de Lorca. Eso lo hacía mami siempre que nosotros estábamos en una misión de rescate. Los recitaba con la devoción de un rosario. Le encantaba la poesía. Decía que algún día iba a terminar de estudiar. Quería ser maestra de español, pero con cinco hijos que criar no hubo forma.

**La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.*

La búsqueda ya iba por dos días. El helicóptero de la Guardia Costanera colaboró en la búsqueda. También la policía, los vigilantes de Recursos Naturales, la Guardia Nacional, los de la agencia, los buzos de la FURA. Hasta consideré seriamente meterme mar adentro para buscar a mi hermanito. Decidieron suspender los trabajos de búsqueda por las condiciones del tiempo. No había visibilidad. El monitoreo por tierra continuaría para saber el comportamiento de la marejada. Las expectativas eran que saliera a flote el cadáver de mi hermano. Eso ocurre en el momento en que el cuerpo comienza a descomponerse. Pensamos que el cuerpo pudo llegar hasta algunas de las cuevas submarinas que usualmente acumulan mucha basura. Mi hermano con la basura, como si estuviera metido dentro de una alcantarilla. Le pedí a Dios que apareciera el cuerpecito y a las 4:40 de la madrugada el mar nos lo devolvió.



No podía dormir, ¿quién duerme? y decidí iniciar la búsqueda por mi cuenta. La búsqueda había concluido a las 9:00 de la noche anterior y se iba a iniciar nuevamente a las 5:30 a.m. Pero yo tenía esa espinita. Llegué a las 3:00 a.m. y decidí comenzar el patrullaje. Busqué en la playa La Pared, playa Azul, el balneario La Monserrate y playa Fortuna. Fui hasta la rampa de los pescadores y ahí vi un bulto. Y yo sabía que era él. Unas olas estaban a punto de llevárselo de nuevo el mar, y en mi desespero para que no se lo llevara, lo agarré por las piernas y lo saqué del agua.

A pesar del adiestramiento, y de toda mi experiencia como rescatista, no

*Romance de la luna de Federico García Lorca

estaba preparado para enfrentar el mar de emociones que me embargaron tras recuperar el cuerpo descompuesto de mi hermano. Jafet era un chico bien llamado, un buen compañero. Tenía muchas amistades en la escuela y siempre estaba disponible para todo. Nunca decía que no.

Definitivamente, recuperar el cuerpo nos trajo paz. Mi papá ayudó a mucha gente, entre ellos están algunos de ustedes a los que les salvó la vida. Sé que están orgullosos de él como lo estoy yo y que está en sus oraciones. Todos los que lo conocieron saben que era una persona muy responsable. Murió como lo que fue: un rescatista. Lo único que lamento es no haberme despedido bien de ellos dos. Llego a la casa y está sola y vacía, no es fácil.

Pedro Rodiz
El rescatista

Por eso, en nombre de mi familia y el de la Agencia para el Manejo de Emergencias les doy las gracias a todos ustedes por estar aquí en este momento en que vamos a despedirlos mientras derramamos sus cenizas al mar. Su pérdida nos toca profundamente. Papi quería que lanzaran sus cenizas al agua porque estaba convencido de que el agua es la fuente de la vida y eso le ayudaría hacer mejor el recorrido al otro horizonte, a la otra orilla. Y que desde aquella playita, junto a mi hermano, nos van a esperar para cuando nos toque a nosotros hacer ese recorrido. Y cuando estemos todos poder sentarnos nuevamente a la misma mesa a desayunar.

Anoche por fin pude dormir. Y soñé con ellos. Soñé que abría la puerta de la casa y ellos me recibieron con un muñequito en la mano. Descansen en paz.

Lanza las cenizas al aire.



First Steps, Poli Marichal. Linografía a placa perdida. 2015.